

Juan José Morosoli



Flora

textos.info
biblioteca digital abierta

Flora

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8590

Título: Flora

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de junio de 2025

Fecha de modificación: 10 de junio de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Flora

Cuando la familia se fue a la capital dejó la casa puesta. Las señoritas —sesentonas, solteronas, amigas de bordados, iglesias y cementerios— no se resignaban a dejar solos los viejos salones. Sin sus cuadros, su confidente rodeado de un coro de butacas enfundadas y sus viejas cómodas, llenas de ricos vestidos que un día vistieron los abuelos y los padres. Tampoco querían que transformaran el viejo patio colonial, siempre perfumado del olor consolador del cedrón y la menta.

Fue cuando le encargaron a Flora, una "muchacha" de treinta años, criada por la familia, que no quiso seguirlas, el cuidado de la casa y el panteón.

—Reparas la casa, cuidas las flores, limpias el panteón.

Y eso es lo que hace Flora.

* * *

Desde la ciudad llegaban noticias de las mujeres. Cada vez más lejanas. Primero escribían las señoritas, preguntando cosas del pueblo, nombrando vecinos... Después las cartas fueron breves, con órdenes a cumplir.

Luego dejaron de escribir. Lo hacían por ellas las sobrinas. Cada vez con menos órdenes.

Un día vinieron a sepultar a Ángela, la mayor de las señoritas.

Flora lo supo cuando ya el cuerpo estaba al borde del panteón. Artemia, la hermana sobreviviente, no vino.

—La pobre ya no está para viajes ni entierros... Del sillón a la cama... Le queda poca vida...

Le dijeron eso a Flora y partieron.

* * *

En el invierno espaciaba las visitas al cementerio. No había flores y no quería ir con las manos vacías. Alguna vez llevaba sendos ramos de cedrón.

Le parecía el de esta planta, un perfume de enfermedad pues le había entrado al espíritu siendo niña, cuando la finada Manuela se estaba alejando de la vida y llenaba la pieza con ramos de la planta.

—Es un olor consolador que me entra al corazón —decía.

Con la primavera menudeaba las visitas. Era lindo llevar las flores mojadas de rocío y quedarse allí a charlar con el sepulturero, un hombre de buena prosa que además era medio pariente de ella.

Algunas veces venían los peones de la funeraria a abrir los panteones para depositar los cajones. Subían y bajaban con baldes. Los sacaban colmados con las virutas rojas como orujos, de los lechos de los cajones deshechos.

—Parecen los italianos Piantín subiendo y bajando al sótano haciendo vino —decía el enterrador.

—¡Avemaria, Lemos! —respondía Flora.

* * *

Llegaban los cortejos siguiendo los muertos.

—¡Pobre don Benito!

—Le gustaban las menores, las comisiones y los discursos...

Otro día era Gómez, el gallego.

—¿Ve a dónde va a parar tanto capital?

—Sí. Valía lo que tenía... Él valía poco...

—Ahora no tiene nada... Ahora es él...

—Era.

* * *

A Flora le encargaban el cuidado de otros panteones. Así se fue quedando a cargo del centro del cementerio, donde estaban las familias antiguas, dentro de los panteones con ángeles, vírgenes y flores de mármol que venían de Italia.

Algunos preciosos... Como el del General De Armas, acostado en la cama mirando pasar un ejército, despidiéndose de él. Era un ejército que le daba mucho trabajo a Flora, pues como era de bronce, luego nomás se ponía verde y había que frotarlo fuerte con pomada, para hacerlo brillar nuevamente.

* * *

Había tomado aquello como una profesión. Cuando llegaban los aniversarios de los muertos que estaban en los panteones, escribía a los parientes de la capital pidiendo órdenes.

Le contestaban que no podían visitar la tumba, pero le enviaban dinero para flores.

—Los vivos se sienten tranquilos cuando gastan un peso con los muertos —pensaba.

* * *

Se sentaba en la tabla empotrada en la pared, a un costado de la entrada, a charlar con los hombres que trabajaban allí.

Sobre una saliente, donde se ponía el álbum para firmar —atestiguando la concurrencia a entierros y recordaciones—, solía estar el mate con el cajoncito para el calentador. Tomaba mate con Lemos, mientras conversaban.

—Hoy traen al viejo García.

—Deja viuda joven...

—Sí. Y la va a ver llorar tras el cajón...

Los tiempos habían cambiado... Ahora las mujeres venían presidiendo los

cortejos.

—Antes, después del casamiento o la muerte, las mujeres hacían soledad... Por muchos días no se dejaban ver...

—Ahora, al otro día del casamiento ya andan como si tal cosa... Y a los entierros vienen sin velos siquiera...

—Cállese, que ahora no hay velos para nada...

* * *

Sus servicios profesionales eran cada vez más completos. Cuando "en fecha" de algún muerto conocido, cuya familia residía en la capital,

llevaba el álbum de recordación casa por casa.

—Se lo traigo para firmar, así ellos ven que usted se acordó.

Le daban algunos reales al firmar.

—¡Cómo es la gente del pueblo! —decían los parientes al recibir el álbum—. ¡Pensar que todavía se acuerdan de fulano!

Le agradecían el recuerdo y le enviaban algunos pesos.

* * *

Hacía como dos años que don Martiniano había enviudado. Un día, allí mismo frente al panteón que guardaba a la finada, le dijo a Flora:

—Usted sabe que vivo afuera... lejos. Que estoy achacoso... Usted cuídeme el panteón... Ponga flores... Yo le pago...

Ella cumple el pedido. Cuando él venía —cada dos meses— a ordenar una misa por la finada, le acompañaba hasta el panteón. Le ayudaba a subir y bajar del carruaje campesino.

* * *

Una vez el hombre sufrió un enfriamiento. En la estancia no había mujeres. Flora fue a cuidarlo.

Mejóro el viejo estanciero y se acostumbró a aquella compañera fraternal.

* * *

Se casaron. Pero igual iban al cementerio con frecuencia. Hasta aquel día en que Flora propuso:

—¿Qué le parece si compramos una corona de cuentas? Las flores se marchitan... Dejamos la corona y no tenemos que venir tan seguido...

Él dijo que sí.

* * *

Demoraron en volver. Cuando lo hicieron la corona estaba allí, más linda que el día que la pusieron.

—El sol parece hacer arder los vidrios de colores —dijo Flora—. ;No le dije que era más linda que las flores?

Él asintió.

Y luego no fueron más.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.